

REFLEXIONES
CRÍTICAS

Oscar Collazos
R. H. Moreno Durán

EL OFICIO DEL ESCRITOR*

Oscar Collazos

No existe escritor, por malo, mediocre, notable o extraordinario que sea, que no se haya preguntado por el oficio de escribir. No es una pregunta exclusiva de los escritores. Quienes realicen un oficio el más modesto, el socialmente más noble o inútil, que es un principio el oficio de escribir, se hacen en algún momento de sus vidas idéntica pregunta. Y las respuestas, si no obedecen a una tramposa impostación de la voz, son por lo general respuestas que nacen de la propia experiencia. No se puede, en ningún oficio, repetir las respuestas de los demás porque las preguntas acaso no hayan sido las mismas. Hacerlo es una manera de trampear, de mitificarse usando artificialmente a los demás, en ocasiones a alguien a quien admiramos o a quien pretendemos emular, con lo cual, *por muy brillantes* y acertadas que sean las respuestas a preguntas que no han sido las nuestras, acaba por revelar un mimetismo que tarde o temprano se hará visible y que, con justicia, podría llevarnos al ridículo.

Deseo, pues, con esta breve ponencia, evitarme la caída en el ridículo y hablar del oficio del escritor desde una experiencia personal, probablemente parecida a la de otros escritores pero experiencia que, por lo personal, revela o pretende revelar mis dificultades y mis aciertos en el oficio. Podría haber elegido a aquellos escritores que admiro y que en algún momento de sus vidas escribieron cosas ejemplares y emotivas sobre el oficio. Podría glosar a la Virginia Woolf de **Una habitación propia** o al William Faulkner de su discurso con motivo de la recepción del Premio Nobel; glosar y simular que comparto las observaciones que Hemingway desliza en **París era una fiesta** o las consideraciones de Edward Morgan Forster y H. James sobre la novela,

*Conferencia dictada en mesa redonda "El oficio de escribir" en el acto cultural de los 25 años del Departamento y la carrera de literatura, mayo 24 de 1.995

tan reveladoras como las recientes notas que Raymond Carver ha escrito en su volumen **La vida de mi padre**. Son muchas y tal vez inabarcables las páginas que se han escrito y publicado sobre el oficio del escritor, que varían sutilmente del "oficio de escribir" .

Que mi experiencia coincida con la de ilustres escritores que admiro no me hace mejor escritor pero pone de relieve algo comúnmente compartido: con rasgos parecidos, o con detalles coincidentes, el oficio del escritor es el mismo aunque no sean las mismas las dificultades que cada escritor ha encontrado en su camino. Podemos sorprendernos al leer que algún escritor ha tenido las mismas dificultades, que se ha hecho las mismas preguntas y ha hallado respuestas nada distintas a las encontradas por nosotros. Empezando por las dificultades materiales que aparecen, amenazantes, en el camino, cuando no se trata, y por lo general no se trata del mismo camino, de aquellos pocos escritores que nacieron con una fortuna. Escribir empieza por ser una actividad incierta pero más incierto es el inmediato futuro, que empieza por la supervivencia y sigue por la necesidad de hallar un poco de tiempo libre. Es posible que, ya consagrados y liberados de esta servidumbre, muchos escritores gocen del prestigio social que, a la vez, les da sentido a sus obras y, de paso, al oficio de escribir. Esto no basta, sin embargo, para quien empieza en medio de azarosas y desesperantes dificultades: nadie apuesta nada por él, ni en su familia (suponiendo que la tenga) ni en su entorno social. Un escritor es un inútil, improductivo, a menos que demuestre lo contrario. Y demostrar lo contrario puede tardar años, tantos como el consumo de adrenalina, de sueño, de kilos, de esperanzas, e incluso de prestigio, pues no puede gozar de prestigio quien vive al fiado, atrasado en el pago del alquiler, sospechosamente mirado por quienes lo sacan de apuros, y, en últimas, tenido por un iluso o un embustero por quienes no han tenido la ocasión de ver los resultados de sus desvelos y mitomanías. Porque a medida que el escritor se hace, deja a su paso lo que los demás llaman mitomanías: siempre dice estar escribiendo lo que los demás no conocen, siempre abruma a su auditorio, si lo tiene, con sus proyectos literarios.

Un escritor que empieza es un proyecto incierto, una pluma a la deriva, un sujeto lleno de ansiedades. Lee y busca el camino trazado por sus predecesores y no halla la manera de emularlos. Y si llega a conseguirlo, no será él, el escritor que pretende llegar a ser un día, sino una huella difusa de aquellos predecesores que imita. Si de verdad desea ser auténtico, debe olvidarse de las obras de aquellos escritores que admira. Y esto no es fácil: se cuecen en su prosa o en sus versos con insidiosa frecuencia; pertenecen a su memoria de escritor y nada puede hacer para desalojarlos de allí.

El hallazgo de un estilo o un acento propio suele ser un primer escollo. Y es por momentos tan irrebasable, que el aprendiz de escritor cae en la tentación de mimetizarse en el estilo o el acento de los escritores que admira. Muy a menudo, las formas elegidas también forman parte de este mimetismo. El escritor nace al mundo con tantas rebeldías y tanta inconformidad,

que sueña pegar un salto sin precedentes, así como sueña matar a sus mayores, a esos predecesores a los que tarde o temprano (mejor que sea temprano) pretende quitar de su camino. Empieza por creer (creencia ilusoria) que todo empieza con su escritura y por ello hace de ella un amasijo de influencias extraídas de aquellos escritores que sí han hecho una verdadera revolución en las formas literarias o en la manera de escribir. Puede que de este mimetismo salga algún día un acento propio. Pero la apuesta de este escritor no es tanto con la literatura como con las formas que los escritores han subvertido para darle a la literatura un carácter de exploración cada vez más profunda en las raíces de la condición humana.

No es extraño que un “artista cachorro”, teniendo a su mano un arsenal de experiencias de donde podrían salir sus temas literarios, se deslice hacia la experimentación formal, sin sospechar que, de lo que se trata, es de conseguir un equilibrio entre sus temas y sus formas de escribir. Sacrifica (y doy fe de este sacrificio) aquello que tiene de más significativa su experiencia, para demostrarse que pertenece a una época en la que la literatura alcanzó grados insólitos de experimentación formal. Ahoga su propia voz con las estridencias de un “estilo” que, muy a menudo, no es su propio estilo. No es distinta esta dificultad a la que afronta en el momento de elegir sus temas, que sólo tendrán el sello de la autenticidad si vienen del mundo no siempre reconocible de sus obsesiones individuales. Así, el camino que conduce al hallazgo de una temática y un estilo, no siempre tiene el sello de la autenticidad. Como un galgo joven, demuestra más ganas de correr y saltar que deseos de llegar a alguna parte, fustigado como está por asuntos ajenos a la creación artística: el deseo de ser reconocido, la a veces desesperante necesidad de llegar a la fama.

El escritor que empieza, y hablo del escritor que empieza porque estos comienzos son los que forjan una personalidad literaria, aprende su oficio de los demás, de aquellos que le precedieron, aunque en el camino, por una suerte de elección o guiado por las intuiciones de su talento o genio, establezca una disputa en la medida en que le arrebatan su identidad. En el oficio del escritor, todo o casi todo se reduce a consolidar esta identidad. Si se escribe “a la manera de”, pronto se pondrán en evidencia los síntomas del mimetismo o del fracaso. Porque escribir “a la manera de” sólo será posible desde el “pastiche” o la parodia, que es un ejercicio de amor y de odio mediatizado deliberadamente por la ironía. De “pastiche” está llena la literatura, pero como no se trata, en el aprendizaje, de este experimento, lo mejor será que el escritor en ciernes se cuide de caer en estos abismos.

Olvidemos que las dificultades materiales sean un obstáculo. Resultan tan superables y existen tantos medios de sobreponerse a la pobreza, incluyendo la picaresca o la truhanería, que el asunto queda relegado a un segundo plano. El talento siempre será superior a estos accidentes materiales cuando existe, de verdad, la tenacidad del escritor, esa fuerza creativa que la po-

breza pretende disminuir con sus miserias. Menos superables son las incertidumbres e inseguridades de aquel escritor que pugna por alcanzar un tono propio, una identidad reconocible en el mapa de sus contemporáneos, mapa en el que existen depresiones y alturas, llanuras tediosas o accidentes de alto riesgo. La pelea de un escritor por conseguir una identidad individual es un acto solitario y de extrema sinceridad. No caben los engaños. Todo escritor, si de verdad lo es, se hace a un código moral y a unas exigencias despiadadas y nada atenta contra uno y otras como la facilidad o la confianza desmedida en su talento. Acto solitario, escritura y crítica simultáneas, la concepción de un cuento, un poema o una novela es el producto de un largo conflicto interno, una lucha a brazo partido contra el lugar común. Hacerse a esta seguridad puede tardar años, pero no son pocos los escritores que, poseídos por el genio de la precocidad, ajenos a menudo a la inmediata tradición, incluso a las modas de sus contemporáneos, hallan un estilo propio, emergen con un universo que los separa de aquellos y los lanza al vértigo de la excepcionalidad.

Acepten ustedes que no estoy generalizando. Les prometí hablar de experiencias personales y las anteriores consideraciones pertenecen al mundo de preguntas y respuestas halladas en lo que se llama pomposamente "una carrera literaria". ¿Una carrera literaria? Jamás me propuse semejante ejercicio deportivo. Desconfío de esa gimnasia que se hace por acumulación acelerada de kilómetros e intrigas. Sospecho que un escritor que viva más pendiente de la carrera literaria que de la creación misma, que no tiene metas fijas y a veces ni siquiera un punto cierto de partida, acabará convirtiéndose en víctima del pavoneo o de esos sentimientos bastardos que animan toda competencia: la prepotencia o los celos, la jactancia o el ninguneo, actitudes o sentimientos muy frecuentes en la tribu literaria o acaso también en todas las tribus artísticas.

Se habla con frecuencia, tal vez por haber sido uno de los lugares comunes del romanticismo, del influjo de los sentimientos en la creación literaria, del efecto inmediato que estos, vividos o sufridos en su mayor intensidad, tienen de beneficioso en la creación literaria. Confieso que, desde mi experiencia, no ha habido sentimiento, por intenso que sea (pongamos por caso el dolor, la decepción amorosa, el sentimiento inquietante de pérdida de alguien, el efecto de las catástrofes humanas sobre nuestra conciencia), que me haya servido, de manera inmediata, para algo que no sea la parálisis o la impotencia creadora. Cuando he sufrido uno cualquiera de estos golpes, caigo en el vacío o en la inactividad, quizá en le desconcierto, en la pérdida de perspectivas y de lenguaje. Necesito superar el efecto pernicioso de tales experiencias para, a la distancia, servirme de ellos literariamente. Y ésta es, a mi modo de ver, una experiencia de escritor. Y puesto que se trata de hablar ante ustedes del oficio del escritor, consigno aquí estas experiencias o, mejor, esta incapacidad de responder de inmediato, por medio de la creación li-

teraria, a sentimientos que la vida me ha ofrecido en los accidentes del amor, de la amistad, de la familia o de las catástrofes naturales.

¿Qué más podría decir que no compartan otros escritores? ¿Algo sobre la crítica? Mis experiencias con la crítica han acabado por convertirse en una relación distante. No soy el único en afirmar que desconfío a distancia del elogio desmedido y que la diatriba me deja indiferente. Existen, en la creación literaria, mayores adversidades, siendo la mayor aquella que nos enfrenta a la página en blanco, a esos vacíos de la creación, a la incapacidad de alcanzar la intensidad expresiva que se desea. Existen compensaciones también mayores y más altas y ninguno se parece tanto a la del diálogo sobre nuestra propia obra, a la conversación de amigos, al desinteresado discurrir sobre nuestros hallazgos y fracasos. No desconozco la importancia de la crítica. Desconfío de sus excesos, que se sitúan en dos extremos: en el de la teorización gratuita, hecha por fuera de la obra literaria, o en el impresionismo ligero e irresponsable que atiende más al grado de antipatía o simpatía que produzca un escritor que a la naturaleza misma de su trabajo literario. He sufrido los dos excesos y tal vez por ello, al leer esta clase de crítica, tenga por costumbre armarme de ironía o de compasión.

Existen escritores que se anclan, con todas sus fuerzas, en un universo o en un estilo. Hasta donde me reconozco, y lo he hecho al leer mi propia obra, he preferido la aventura y el riesgo, el vagabundeo por temas y estilos, algo que, seguramente, obedece a una personalidad cambiante, reacia a fijar su residencia en un solo puerto. Nuestra obra es, en el fondo, nuestra biografía, directa o sublimada. Y en lo que a mí concierne, he tenido, más por azar que por elección, una biografía de nómada. El nomadismo temático y estilístico de mis cuentos y novelas ha establecido lazos indisolubles con el nomadismo de mi vida. ¿Es esta experiencia parte del oficio de escritor? Temo que sí. Pero temo también que, más abajo de la superficie, siguen estando los temas que me obsesionaron desde el comienzo: la sexualidad y el amor, los conflictos interpersonales, las degradaciones de la política y los simulacros de la historia. Quizá sea poco lo que haya llegado a decir sobre el oficio del escritor. Es poco porque el resto sigue estando en los paréntesis del misterio o en esas preguntas que sólo hallan respuesta en el proceso mismo de la creación.